

La educación es un acto de creación permanente

Anton Castro Rivera

Docente colombiano. antcativera@gmail.com

Colombia es un país que como cualquier otro, transita en múltiples disputas por autodefinirse como nación. Es un país con grandes desigualdades sociales y una brecha entre ricos y pobres muy gigantesca. Es tal vez el motivo del porqué se ha mantenido un conflicto armado interno de más de 70 años. Los intentos de paz se deslegitimaban con la traición de un establecimiento que le siguió apostando a la guerra. El proceso constituyente del año 1991 nos convocaba a dejar un Estado caduco con una Constitución de más de 100 años, anacrónica en relación a las nuevas tendencias sociales del momento. Sin embargo, la nueva constitución no cambió los designios de seguir incumpliendo a la paz, la Carta Magna empezó a ser mutilada para dar rienda suelta a un modelo neoliberal justificado sobre las premisas de la “modernización del Estado”, pero en últimas dando continuidad al viejo régimen, de seguir en rodillas ante el saqueo de las trasnacionales, mientras la miseria seguía en detrimento de las grandes mayorías.

Las disputas en el plano de la educación las vivimos en ese intento de cambio de régimen. La Constitución Política de Colombia fue aprobada en 1991. En nuestra adolescencia debimos estar al frente de esos cambios vinculándonos a conformar el movimiento estudiantil, anteriormente golpeado de forma violenta por los gobiernos del bipartidismo liberal-conservador. Esa juventud se puso la educación de su país en la cabeza para debatirles junto al magisterio a los tecnócratas neoliberales. Mientras las hordas paramilitares acechaban quitando la vida de estudiantes, maestros, obreros, campesinos, de todo aquel que hiciera oposición desde las ideas. Así en 1994 el Congreso de la República dio origen a la Ley General de Educación (y otras leyes con marcada tendencia neoliberal).

La Invención de ser Profe

La región del Caribe, de donde soy oriundo, la pobreza es sumamente notoria. Nuestra educación básica contempla, preescolar, primaria y secundaria. Esta última se cursa de forma continua. Al haberse cursado 5 años de primaria, en la secundaria se continua con la nomenclatura de sexto en adelante. Para la época de mis estudios secundarios, en los grados 10 y 11 (que son los últimos años escolares), se organizaban brigadas de salud para brindar información en los barrios de mayor pobreza sobre los cuidados de la higiene y de manera coyuntural estaba en auge el tema del dengue. Estar incorporado al movimiento estudiantil avivaba la sensibilidad social por este tipo de prácticas; poniendo de relieve el interés de enseñar, de brindar conocimientos a una población que fue marginada de la oportunidad de contar con viviendas dignas y mucho menos de educación.

Ya en el último año escolar, luego de ese debate sobre la ley de educación. Tuvimos la opción que para obtener el título académico los estudiantes debíamos presentaros a un plan de alfabetización. He aquí donde la reflexión antineoliberal por la cual le rasguñábamos a la ley conquistas necesarias para la democratización de la educación y no terminara de convertirse en negocios, encontraba más razones de ello en las personas adultas que noche tras noche, llegaban hambrientos de conocimientos. De aprender a leer, escribir, contar, sumar y restar. Entonces aparece con sentido la palabra pedagogía (o andragogía). Un joven demandante de una mejor educación, ahora frente a un grupo de estudiantes deseosos de lo mismo. No quedaba más que construirse como profesor, inventar la didáctica más conveniente. Estar ahí sin demostrar la improvisación, aunque pareciera tan sencillo juntar silabas. La verdadera preocupación de un maestro es que el proceso enseñanza-aprendizaje sea realmente efectivo.

Por tanto, el ser educador consiste en la urgente vocación de servicio. No somos maestros por el azar o de no haber dado con el oficio que algunos anhelaron y ésta fue su segunda opción. Estar al frente de ese grupo de personas sin tener ninguna preparación docente, me

ponía en la condición del ser útil a la sociedad. El deber de servir a quien así lo necesite. Muchas de esas personas por los años que nos llevaban, acumulaban abundante conocimientos de experiencia, mientras ese privilegio de haber ido a una escuela nos hacía aventajados y entonces ese conocimiento recibido se hacía útil y debíamos ponerlo al servicio de las personas en condición de analfabetismo. Debíamos llenarlos de luz para que dejaran de ser alumnos en estas áreas del saber: del uso del lenguaje y las matemáticas.

Cuando el conocimiento académico se pone a prueba

Entonces la decisión estaba tomada. Terminada la secundaria entré a la universidad para cursar la licenciatura en Educación. Ahora sí, teorías sobre la educación, pedagogía, didáctica y algo de metodología en abstracto. Así las facultades de educación forman a los futuros profesores, algunas más cerca que otras de las realidades territoriales. Lo cierto es que en la educación aunque se llame a formar pensamiento crítico no deja de ser confesionalista. Sigue ajustada a cánones de competitividad y estándares de Calidad. Es decir, una empresa cuya rentabilidad por supuesto está ajustada a la plusvalía obtenida.

Antes de terminar los estudios universitarios, un compañero me dijo que le supliría en una escuela e incluso con la opción de quedarme con la plaza. El lugar se trataba de un banco de sedimentos, formado en el Río Magdalena debajo del que era el principal puente que une al Departamento del Atlántico (en Barranquilla) con el del Magdalena. Para llegar al lugar tocaba caminar 30 minutos y bajar por una escalera recta de aproximadamente 5 metros (una caída y el golpe sería severo). Al llegar al suelo, caminaba debajo del puente y a unos pasos encontrabas una choza sin terminar y la presencia de 13 niños con niveles de escolaridad entre primero y cuarto de primaria. El problema consistía en que a ese grupo se le debía orientar al mismo tiempo su proceso formativo cumpliendo con el programa de la Secretaría de Educación.

En ese momento me di cuenta que la Universidad no te prepara para estas circunstancias. No coloca propuestas de escenarios simi-

lares. La apuesta era dedicar tiempo a unos niños sin dejar de lado a otros provocando desinterés. La deserción escolar es muy recurrente en zonas apartadas con estas características, más cuando el Estado designa pocos maestros para estas zonas. En muchos estudiantes universitarios es un cuestionamiento necesario, más cuando las universidades se encuentran en las ciudades y no es una aspiración dejar las condiciones de vida del lugar. Así quienes asumen el reto, enfrentan la pobreza y el abandono estatal, para convertirse incluso en la única autoridad visible de la comunidad, esta sería una característica del maestro rural. La deuda que siente la comunidad, en especial los padres de familia es retribuida con yuca, plátano, mazorca o cualquier otro producto de lo que siembran en cada temporada del año.

Por el compromiso adquirido, buscaba el modelo pedagógico más adecuado. Entonces te paseas de nuevo por las teorías pedagógicas y los modelos que más pudieran ajustarse a esa realidad. Pasaba uno a sentirse el creador de la “Escuela Nueva”, tratando de romper con la “Escuela Tradicional”. Centrar la atención en cada niño aprovechando en medio de las carencias, las posibilidades de potenciar su libertad en ese pequeño paraíso debajo de un puente y la impotencia a su vez, de saber que apenas acompañaba unos pasos sin saber el futuro. Entonces se trata de dejar una huella en sus seres dando valor a los días de clases combinadas con la lúdica, del tiempo que tocaba subir y bajar esa larga escalera como una ruleta rusa, por la que sus padres, también debían subir los productos de su trabajo agrícola y bajar el complemento para la subsistencia.

Luego eres consciente que no inventabas mucho, porque mi antecesor debió también crear su propia didáctica para ganar la atención de esos niños. Pienso enseguida en los miles de maestros rurales –incluso aquellos autodidactas sin título profesional o técnico– bajo convencimiento de buscar los mejores recursos pedagógicos, te inventas y reinventas como docente porque la capacidad creadora debe ser permanente. Como diría el filósofo colombiano Estanislao Zuleta: “La escuela es un campo de combate”, en que el conocimiento compartido debe tener verdaderamente un valor de utilidad y no la desidia del

cumplimiento de un plan de estudio desconectado de las realidades inmediatas de los discentes (estudiantes). Cada maestro amante de su quehacer docente, debe ser fundador de su propio estilo de hacer una estrategia pedagógica para que la dialéctica enseñanza-aprendizaje sea a su vez aprendizajes obtenidos de sus educandos porque ellos también tienen voces en este asunto llamado educación, la formación como la comunicación no es en una vía como la “educación bancaria” la construcción de sujetos es un acto colectivo y emancipador.

Así, estas experiencias que son el comienzo de una vida en la docencia, son las que también dejan marcas curtidas de esperanza, que aunque el sistema educativo no siempre es el que queremos, podemos torcerlo un poco para traer a otros para soñar y luchar por un mundo distinto. Lo triste sería no tener los sujetos del cambio y ellos somos nosotros mismos. Tenemos el poder de cambiarlo todo: la educación es la entrada a la cultura, se necesitan maestros también con vocación de transformación. Esta conducta sería en realidad la que dignifique nuestra profesión.

Colombia vivió un periodo de “patria boba” otros periodos de oscurantismo bajo el precepto de “libertad y orden”, actualmente vemos un ojo de luz en la construcción de una Colombia más humana luego de décadas sin saber qué es la paz.

¡Gracias!